

I see her as if she were glass

LAKSMI PAMUNTJAK

They say it is the highest honor to be plucked from one's youth this way—to be singled out, molded, made more special; indeed, to put one's stamp on time itself. I was all of five, and yet they—my father, the raja, the pedanda—had seen all they needed to see: how agile I was, and how oblivious to the magic I could conjure within the span of my little hands. Being men, they had no use for that thing called ego, other than their own, and I had none to offer.

Tenderly they sent me off to meet my destiny, and through the rooms and corridors of the temple I grew in my eyes, my feet, my fingers what I missed in my childhood—my mother, my siblings, my home—and as I held them there I learned a new language. With a mere flick of my wrist I am able to summon the most dastardly of demons and glue them to their seats. Command the gamelan to make music out of the beat beneath my feet. Occasionally someone in the audience might yell how pretty I am even with my headdress askew, and I would just burn him down with my gaze.

Lately however, I have come to covet the sight of a girl who comes to our temple to help us welcome guests. She's no dancer, but I am felled by her proud unfettered womanliness. I see her as if she were glass. The poise with

which she holds her head, so different from mine. The coral hair a besotted painter might fan into a flame, the downcast gaze that apologizes for nothing, not even for wearing those hideous studs that make her ears look like mangoes.



I am envious of the stillness of her movements, of her being, as if a gift from the gods bestowed only to the unchosen. Is there is a hint of sorrow in her eyes—has she perhaps love to give but nowhere to go? I might only have dreamed it. What is greatness if you are not allowed the grace of your own making.

There are many kinds of desire, and I wonder if there is between my eternal motion and her ethereal worldliness a place where we can meet in full, where the men are not.

La veo como si fuera de cristal

Dicen que el mayor honor consiste en ser arrancada de la infancia de esta manera: ser escogida, moldeada, considerada como especial; en defini-

tiva, dejar huella en el tiempo. Yo tenía apenas cinco años, y sin embargo, ellos —mi padre, el rajá, el pedanda*— ya habían visto todo lo que necesitaban ver: mi agilidad y mi indiferencia ante la magia que podía conjurar con mis pequeñas manos. Como hombres, no les servía de nada eso que llamamos ego, excepto el suyo propio, y yo no tenía nada que ofrecer al respecto.

Con ternura me despidieron para que cumpliera mi destino, y a través de las salas y los pasillos del templo con mis ojos, mis pies y mis dedos creaba aquello que añoraba de mi infancia: mi madre, mis hermanos, mi hogar. Y al aparecerlos allí, aprendí un nuevo idioma. Con un simple movimiento de muñeca puedo invocar a los demonios más malvados y pegarlos a sus asientos. Ordeno al gamelan que cree música al ritmo que marco con mis pies. De vez en cuando, alguien del público grita lo hermosa que soy, incluso con el tocado torcido, y yo simplemente lo fulmino con la mirada.

Últimamente, sin embargo, he llegado a anhelar la presencia de una chica que viene a nuestro templo a ayudarnos a recibir a los visitantes. No es bailarina, pero me cautiva su orgullosa y desinhibida feminidad. La veo como si fuera de cristal. La elegancia con la que yergue la cabeza, tan distinta a la mía. El cabello color coral que un pintor enamorado podría convertir en llama, la mirada baja que no se disculpa por nada, ni siquiera por llevar esos



horribles pendientes que hacen que sus orejas parezcan mangos.

Envidio la quietud de sus movimientos, de su ser, como un don divino reservado sólo a los no elegidos. ¿Acaso hay un atisbo de tristeza en sus ojos? ¿Tal vez tenga amor para dar, pero ningún lugar para refugiarse? Quizá sólo la haya soñado. ¿De qué sirve la grandeza si no se te permite la gracia que tú misma has forjado?

Hay muchas clases de deseo, y me pregunto si existe, entre mi eterno movimiento y su etérea mundanidad, un lugar donde podamos encontrarnos plenamente, ocultas de los hombres.

* "Pedanda" se refiere a los sumos sacerdotes del hinduismo balinés. Son miembros de la casta brahmán, la más alta de la sociedad balinesa, y tienen roles espirituales y ceremoniales importantes, como preparar el agua bendita y officiar en rituales vitales como bautizos, bodas y funerales.

Traducción

Luis Rico Chávez.

Revisión técnica de

Margarita Hernández Contreras

Imágenes generadas con IA de Adobe



Directorio

Mtro. Héctor Guillermo Pelayo García
Director

Mtro. Ludwig Rosas Chávez
Secretario

Mtra. Rosa Edith Moya Ayala
Coordinadora académica

Mtro. Luis Alfonso López Cisneros
Jefe del Departamento de Comunicación

Mtro. David Alfonso Rodríguez Castillo
Presidente Academia de Comprensión Lectora

Lic. Silvia Omaransy Mendoza Rojas
Presidenta Academia de Análisis Literario

Centro de Redacción de Alto Rendimiento

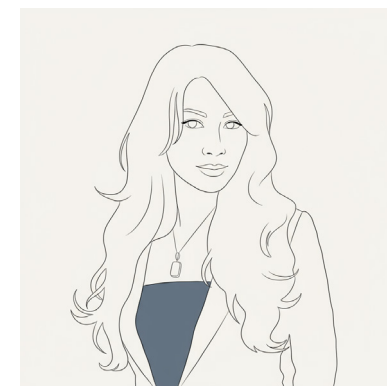
Alvarado Medina Manuel

Rico Chávez Luis

Villanueva Guevara Claudia Verónica
Coordinadores



Universidad de Guadalajara
Sistema de Educación Media Superior
Preparatoria 2



Ecos de la FIL

Laksmi Pamuntjak

Auditorio Carlos Ramírez Ladewig
Viernes 5 de diciembre, 17:00 horas